



POR LA SOCIEDAD DE FARMACIA.

CUANDO en la espinosa y árida carrera de la vida encontramos un sér que nos haga olvidar con su amistad nuestro infortunio, nada más propio y natural que dar cabida en nuestro corazon al dulce sentimiento de la gratitud, y á esa religion del sentimiento que nombramos cariño.

¿Cuál será nuestro dolor al ver que ya no existe, cuáles nuestras reflexiones al considerar que el filósofo sabio, el médico estudioso, el naturalista distinguido que era el Mentor de esa juventud que veo agitarse en torno de esa tumba, pasó á mejor vida, pero dejándonos en la orfandad y en la tristeza?

Con cuánta razon las Sociedades científicas de México, lamentan la pérdida de uno de sus más distinguidos miembros, y cuán justo es el dolor de la de Farmacia que por mi conducto manifiesta su gran pesar en este momento!

Mas si el hombre se fué, sus obras quedan: su memoria vivirá eternamente con el recuerdo de sus virtudes. Su ejemplo, grabándose en el corazon de la juventud estudiosa, será la mejor herencia que nos legara en su tránsito por la tierra.

Lauro María Jimenez; mi caro compañero: quédate allá en el cielo desde donde verás los esfuerzos heróicos por imitarte, de la juventud que guiaste sobre la tierra, ¡justa recompensa á la inmortalidad del Maestro!

MAXIMINO RIO DE LA LOZA.



POR LA ASOCIACION LARREY.

CADA dia una nueva víctima; cada hora un sepulcro más. Parece que la existencia es una expiacion; que la luz es un estigma de muerte.

El hombre nace no mas para morir; la vida solo sirve para disponer los funerales.

Cada paso en la vida, es un paso á la tumba; cada año que trascurre, un guarismo de resta.

Nada vale el poder; nada significa la dicha; nada importa la pompa; nada puede el cariño; nada consigue el talento; nada aprovecha la virtud.

Enrique IV murió el mejor dia de su reinado; Jesabel, cuando ostentaba su grandeza.

Baltasar espiró en un banquete; el rey de Sichêm, en los brazos de Dina.

Sócrates dejó de existir enseñando á sus discípulos, y Jonatás vió abierto su sepulcro en las montañas de Gelboe.

La muerte nada respeta; el exterminio ante nadie retrocede.

Allí descansa el que fué padre de los estudiantes; el verdadero Anteo del progreso médico de nuestra patria.

Cuanto de él pudiera decirnos, es bien conocido.

Para apreciar á ese hombre, bastaba conocerlo; para juzgarlo, era preciso sorprender sus virtudes.

Quién sabe si los funerales que hoy se hacen á ese cadáver, sean las exequias de una Sociedad, que creó su prestigio y fomentó su abnegacion.

Quién sabe si el egoismo esté batiendo palmas sobre esas cenizas.

Pero hay algo aún que ignoran muchos, y que realza sobremanera la virtud del Sr. Jimenez.

Se habia mandado protestar las reformas constitucionales, ó perder destinos lucrativos; era llegado el momento de prueba de determinadas creencias.

El Sr. Jimenez, que habia conquistado con el trabajo de su ingenio una cátedra en la Escuela de Medicina, y una plaza en el hospital San Andrés, creyó sacrilega la protesta.

El Sr. Jimenez era pobre; sus sueldos representaban su capital.

Desacatar la ley, era perder el bienestar; más todavía, era tocar en la miseria.

El que alguna vez haya meditado en la desgracia, puede solo comprender lo que pasaria en la mente del Sr. Jimenez.

Una lucha terrible se entabló entre sus convicciones y su situacion. De un lado sus hijos; del otro sus creencias.

Al fin, no protestó: prefirió la desgracia á la apostasia.

Y ese hombre, perseguido por la suerte, anonadado por la fatalidad, siguió siendo tan laborioso y amante á los hombres como siempre.

Cuántas veces su peculio pagó su afecto á sus amigos, y cuántas su abnegacion sufrió los horrores de la ingratitud!

Desde entónces los enemigos políticos de ese hombre interesante, descubrian con gusto la cabeza, rindiendo sin pensarlo, un respetuoso tributo á su mérito.

No es tiempo, Señores, de medir la magnitud de la pérdida que hoy lamentamos; no es llegada la hora de medir la importancia del hombre que acaba de espirar.

Cuando los alumnos médicos vuelvan la vista para buscar un amigo que los consuele, el recuerdo del Sr. Jimenez traerá lágrimas á sus ojos, y luto á su corazon.

Yo vengo á nombre de la Asociacion Larrey á depositar sobre la tumba del Presidente de la Sociedad Filoiátrica, el tributo de su admiracion y el testimonio de su respeto.

Duerme en paz, Maestro querido; tu memoria es imperecedera: tus virtudes te granjearán la corona de la inmortalidad.

FERNANDO MALANCO.



POR LA SOCIEDAD PEDRO ESCOBEDO.

SEÑORES:

EL último de los miembros de la Asociacion Pedro Escobedo ha sido designado para cumplir con el triste deber de decir adios á uno de nuestros hermanos: yace yerto el que ayer era un porvenir para la ciencia; pagó el tributo triste, pero necesario, que todos tenemos que pagar; partió, pero al partir, ha dejado un vacío entre nosotros. Lauro Jimenez ha muerto, pero el Dr. Jimenez ha nacido para la historia, para la posteridad; su nombre no se borrará jamás de nuestros corazones, y siempre recordaremos con gusto al obrero infatigable, que estuvo siempre dispuesto á arrancar á la muerte el secreto de la vida: la gloria tiene un camino, y para alcanzarla, para llegar á su cima, hay que envolverse en un sudario; lloremos al amigo, al compañero; saludémos al sabio.

Abril 29 de 1875.

DR. EGGA.